

nagado en todos los vicios; las predilecciones por Buzot, en cuyo desarrollo colocó todas las apariencias del lado á donde iban todas las sospechas y todas las calumnias; los orígenes y causas de su enemistad implacable con Dantón, por igual á los dos funesta y á la República también; los desaguisados y las perfidias de aquel orador cosmopolita que se creía vocero de la Humanidad y se llamaba Clotz; todo cuanto el ánimo le sobrecogía, todo la embargaba, escribiéndolo en papeles, de los cuales, sumados y compuestos, han surgido esas Memorias tan clásicas como una oración de Bossuet, tan inspiradas como un discurso de Vergniaud, tan varoniles como un arresto de Dantón al par que tan femeninas como una carta de Madame de Sevigné; afluentes á lo Rousseau, geniales á lo Mirabeau, instructivas cual un libro de Historia y recreadoras cual amenísima novela; obra incomparable del genio. Hay que leer en ella los retratos. Fáltale para el buen juicio un justo equilibrio de facultades, pues, aunque mujer de sumo entendimiento, la sensibilidad en ella predomina sobre todas las demás facultades suyas y de su frío criterio tiraba con fuerte intensidad su corazón abrasado. La pasión en ella pone á Buzot sobre los cuernos de la luna y á Dantón bajo los pies de los caballos. Pero, qué gran retrato el de Pache, tan conocido ya de nuestros lectores, por su ministerio de la Guerra, por su alcaldía de la capital, por sus traiciones á la Gironda, por sus complacencias con Henriot, por sus infames procedimientos en la revolución moral y material. Para sospechar de él, dice: á tanto subía su labia su habilidad en el embuste; necesitaba uno ser tan perverso como él. Pache ponía sobre su rostro la careta mentirosa de una humilde modestia y aparentaba coincidir en ideas, no teniendo ninguna, con todos los que alguna tenían. Muy reservado, nunca descubría su juego, y hablaba con tal meditación, reflexivo y circunspecto, que aun los menos inclinados al aprecio del silencio le daban algún mérito cuando lo interrumpía. Presentaba Pache una cualidad muy poco francesa. En Francia, tierra de oradores desde los galos, afluentísimos en sus asambleas primitivas al aire libre, todo el mundo sabe hablar y nadie sabe oír, ó mejor dicho, nadie sabe escuchar. No conozco nada más inatento y más sordo que un auditorio francés. Mientras en Alemania los auditorios parecen compuestos de mudos, en Francia parecen compuestos de oradores que todos quieren hablar y á un mismo tiempo. Poco hablador, más bien, muy callado; atento á todo lo que oía; capaz de justas observaciones; aparentando culto á la ciencia en sus numerosas amistades académicas y literarias; versadísimo en administración y en política; práctico en el curso de los negocios: habiendo aprendido los resortes de la vida pública entre los helvecios: parecía un auxiliar precioso en aquellas extraordinarias circunstancias. Roland, entusiasta de sus cualidades, dando precio infinito á la dulzura de costumbres y á las complacencias con los superiores de Pache, tratábalo como un amigo inapreciable y mostrábase continua estima nombrándolo una especie de adjunto, con lo cual se puso al cuello una soga y facilitó la traición nativa de un hombre ingrato y descastadísimo, el cual para medrar y

crecer se había propuesto traicionar á todo el mundo menos á su propio poder y á su propia fortuna idolatrados por aquel falso espíritu y aquella oscura conciencia en una idolatría inacabable.

Como conocéis á Pache, conocéis á los demás retratados. ¡Cuánto abundan en libro tan extraordinario los retratos, por tal modo fijos é indelebles, que los dirían tallados sobre perenne pórfido por un estilete inmortal! Estos retratos rectifican unas veces el sentir general sobre ciertas personas históricas, como sucede con el retrato de Anacarsis Clotz, llamado el orador de la Humanidad y fantasean á los reflejos de un odio exaltado fisonomías tan conocidas como las fisonomías de Dantón y Marat. A Clotz le llama parásito madame Roland, sólo ducho en vanas y enfáticas declamaciones, prometiendo por un lado suscitar una Convención donde todos los hombres tuvieran sus respectivos representantes, colmo del federalismo, y por otro lado, acusando el proyecto de federación girondina como un atentado á la patria, cual si un alemán pudiese querer á Francia según la querían sus predilectos hijos de la Gironda, exaltados y fervorosos patriotas. Naturalmente no hay que pedir á una gran estadista, cabeza de un partido, acosado hasta caer en las hogueras del martirio y á la hora misma de un mortal combate, aquella serenidad impuesta por su ministerio jurídico al historiador apartado de las personalidades históricas, á quienes sólo conoce por evocaciones del recuerdo, sin haber nunca recibido de ellas ni agravios ni favores. Madame Rolad, en cuyo carcax todas las flechas se hallan, fustiga con una ironía, cuya elocuente acerbidad envidiara el mismo Desmoulin, á los sayones y á los verdugos que trazan las intrigas donde quedara maltrecha su honra y sostienen ó aperciben el siniestro cadalso donde habrá de concluir su vida. No le pidáis halago, ni justicia siquiera, para los que violan su hogar, calumnian á su marido, le secuestran su hija, la encierran en infectos calabozos, la suben á la inmundia carreta, y atada de pies y manos, la entregan feroces á una guillotina insaciable. Así el natural dolor suyo se mofa del íntegro Lacroix, del prudente Chabot, del melodioso Landet, del reservado Thuriot, del sabio Duroi, del humanísimo Dantón, que la condenan por haber traicionado á su patria y que, si pudieran, borrarían su nombre de los anales franceses. En cambio, tampoco puede uno maravillarse de la benevolencia con que trata en estas Memorias á los copartícipes de su desgracia y compañeros de su prisión y de su cadalso. Así de Pétion dice que se le apareció siempre como un hombre de bien; incapaz de todo acto indigno; probo con probidad natural; sereno en su conciencia, fácil en su trato; franco y alegre; de rostro abierto á todo buen afecto y corazón cerrado á toda venganza; confiado hasta parecer cándido; asaz frío hasta parecer de una ingenuidad excesiva, con el juicio muy sano en lo político y el entendimiento muy ajustado á los estudios de sus preferencias; glacial en su oratoria y flojo en su estilo; pero de una lealtad hacia su partido, á toda prueba y resuelto á vivir y morir en su constante servicio. De Guadet y Gensonné dice

que se aprecian mutuamente porque se conocen y se quieren mutuamente porque en cosa ninguna se asemejan: orador afluente y abundoso Guadet, mientras Gensonné orador de dialéctica y espartano. A Barbaroux lo pinta como pudiera pintar David ó esculpir Canova una estatua clásica. Imaginativo como buen artista; vivaz y gracioso á lo marsellés; de una constante actividad; amante de su independencia, pagadísimo de todo cuanto hiciera en la revolución; bravo hasta llegar al heroísmo y paciente hasta llegar el martirio; sensible á la gloria é incansable al trabajo; tan guapo mozo de aspecto como buen hombre, todo corazón, Barbaroux había menester para desarrollar sus facultades, una República feliz y no la triste del noventa y tres, oscilando á la continua entre la más despótica dictadura y la más terrible anarquía. Louvet se contaba entre los predilectos y favoritos de madame Roland. Ella, que no perdonó á Dantón su habitual ostentación de vicios acaso exagerados adrede, perdonó á Louvet sus asquerosas novelas pornográficas. Pequeño, menudo, bajo; la voz atiplada; el mirar torbo; feo de rostro aunque de alma hermosísimo, cuidadoso en cumplir sus escritos y descuidado en arreglar su traje, sumaba, en concepto de madame Roland, con el pensamiento filosófico la pura lengua literaria clásica; transcribía en las arrugas de su espaciosa frente ideales carísimos á sus convicciones; creyente sin superstición, simple sin necedad, valeroso hasta echar á los pies del dictador la bomba de su Robespierada; yendo á la muerte como si fuese á una fiesta y amando la vida que una mujer amada sabía esmaltar de felicidad con sus sonrisas y sus miradas, bajo las cuales asistía de grado á todos los combates y esperaba trocar su corona de abrojos en una corona de gloria. Pero nos perdemos en el Museo de las Memorias, donde Madame Roland colgara los retratos así de sus amigos como de sus enemigos y nos olvidamos de que debemos nosotros retratarla cuidadosamente á ella.

En el tiempo que historiamos, contaba madame Roland treinta y nueve años. Yo la he visto casi viva en el animado trasunto que de su figura nos dejara en Versalles la paleta del pintor Heinsius. Abundante su cabello, partido en bucles sobre la espalda y con un moñito heleno sobre la frente; profundos como un lago sereno los negros ojos; gruesa la nariz; carnosos los labios; voluptuosa la sonrisa; el aire muy resuelto; el gesto muy tranquilo; el semblante muy franco; aquella su proporcionada robustez y aquel su ancho pecho, dicen que os encontráis ante una grande amazona, valerosa y combatiente, con la salud necesaria para que no se debiliten las vigiliás y no la malhieran los combates. Rodead á esa mujer de su corte, como á su compañía llamaban unos, ó, si queréis mejor, de su cohorte, como le llamaban otros, y veréis que ha nacido para encantar los salones como una Galatea y para tronar en ellos como una Juno, por igual graciosa y fuerte. Su hermosura intrínseca no tiene cosa de particular; pero ponedle un discurso en los labios, y veréis cómo se electrizan sus cabellos, erizados por la inspiración; cómo sus ojos relampaguean al furor de la tempestad; cómo sus manos crispadas difunden irradiaciones ethé-

reas de avasallador magnetismo; cómo la seducción ingénita y connatural á sus frases, avasalla los más enteros caracteres y los rinde al imperio incontrastable de su gracia. Ojos escudriñadores, cabeza esférica, muy copiosa cabellera, cutis sonrosado, carnoso descote, brazos escultóricos, bien armoniosas manos, garganta torneadísima, espaciosa frente, se animaban al verbo de sus labios y bajo el verbo recibían bellezas extrañas, magníficas transfiguraciones sin número. Y una mujer que todo á su elocuencia lo debía, no despilfarraba tan celeste dón á roso y belloso con arbitraria inoportunidad. Para intervenir con su palabra en los coloquios necesitaba que lo justificase mucho la incontrastable lógica y la imprescindible naturaleza del diálogo. Comprendiendo cómo las mujeres literatas, sabias, elocuentes, se atraen el odio de su propio sexo, que cree ajenas á él tales ventajas, y la envidia del sexo fuerte, que las cree patrimonio suyo, calla con discreto silencio mucho tiempo, y así mostraba la superioridad sobre su marido, sin ponerlo en ridículo y la jefatura sobre los girondinos sin que pareciera extravagante. Madame Roland amó siempre la libertad, pero comprendiendo que su más regalado fruto era la paz, y que no podía vivir vida larga sin apoyarse por completo en la legalidad y en el orden. Así huía de los dos extremos que por igual agobiaban á Francia, donde la derecha del país quería orden sin libertad y la izquierda libertad sin orden, mientras en su espíritu consagraba culto idéntico el orden y la libertad. Sin embargo, las circunstancias se impusieron á su deseo. Mientras reinó la Monarquía, madame Roland reivindicó la libertad sin acordarse mucho del orden; y cuando triunfó la República, reivindicó el orden sin acordarse de la libertad. Y no podía exigirse mucha libertad de una Monarquía moribunda que consideraba los privilegios como su vida natural; y no podía exigirse muy grande orden de una República naciente y aquejada con todas las debilidades y todas las lacas propias de su primera edad. En tiempo de la Monarquía madame Roland acarició la utopía del derecho y en tiempo de la República madame Roland acarició la utopía del orden, imposible la una por el último tránsito de la Monarquía, é imposible la otra por el nacimiento de la República.

Ya sabéis las ideas capitales de madame Roland. Sobre los afectos y las pasiones tan sólo contamos con su propio testimonio y hay que desconfiar un poco, tomando como toma en su optimismo natural por vivas realidades, sus ilusiones y sus esperanzas. Habiendo encontrado en su matrimonio, no el esposo de los amores profundos, el padre á quien se quiere por obligación, ostentaba una castidad, proveniente, no de su corazón, de su moral. Amaba la infeliz á Roland; no por mandatos de su amplio pecho, por el imperativo de su conciencia. Roland era para respetado, no para querido. Virtuoso, la virtud tomaba en él cierto aspecto repulsivo de convención y pedantería. No sabía encubrir la como un sabio; la ostentaba como un misionero de los que vociferan el nombre de Dios á campana herida por los campos y por las encrucijadas. Todos cuantos autores contemporáneos suyos he

leído, todos convienen á una en que parecía el cuákero ido de Londres á Pensilvania reclamando un derecho nuevo para su persona, un templo nuevo para su Dios. Austero, en estéril rayaba. Silogista y escolástico, su palabra tenía tanta frialdad como calor la palabra de su mujer. Luego no curaba de hacerse amar. Como los cínicos antiguos ponía cuidado en el descuido de su traje. Marat, la suciedad personificada, le daba en rostro con su dejadez, imputándola sin razón el desordenado amor de la popularidad. Él amaría mucho la virtud, pero no acertó á hacerla verdaderamente amable á los demás. «Donde fueres haz lo que vieres.» «Cúbrete la cabeza, si vas á una Sinagoga, y si vas á una Iglesia descúbrete la cabeza.» «Cuando vayas á un salón europeo, ve con los pies muy bien calzado, y cuando á una mezquita entres, descálzate los pies.» ¿Qué necesidad tuvo Roland, ministro del Rey, qué necesidad de presentarse ante la corte sin hebillas en los zapatos? Por una tontería como esa movió una dificultad como aquellas del tiempo que tanto dañaban á la libertad y á la patria. Si no guardaba la liturgia monárquica, ¿porqué aceptó un cargo, un cargo de ministro, en la monarquía? Poco simpático y poco transigente; desvirtuando con su palabra la virtud misma que de veras tenía en la vida; razonador y no elocuente; más dispuesto al odio que al amor; queriendo brillar como el dios de los judíos por la justicia y no por misericordia como el Dios de los cristianos, Roland, bueno y sabio, atrajo pocos fieles á la Gironda con su bondad y su sabiduría. Rodeábalo su mujer de un culto religioso; pero no le amaba. Con mayor gusto compartía su doctrina que su lecho. Tal estado de su alma la impelía mucho hacia la infidelidad. Pero las mismas consideraciones debidas á su esposo, el miedo de la calumnia, los deberes y obligaciones de su vida teatral, el deseo de guardar estimaciones antiguas y admitir nuevas, su elevación de pensamiento, su orgullo nativo, la filosofía estoica del todo imperando en su alma debieron retenerla en el deber conyugal y prestarle fuerzas para no salir de una virtud, que aceptaba por no desmerecer de la gloriosa diadema que le habían ceñido á las sienes sus contemporáneos y cuya conservación necesitaba requerir de la posteridad y de la Historia. Inflamables sus sentidos los apagaban las ideas como apaga la lluvia el rayo. Sentía la voluptuosidad, pero no la gustaba. Costábale mucho trabajo en la madurez de su vida conservar lo que no le había costado ningún trabajo tener en la juventud. Su imaginación le sugería un mar de goces, mas para caer en sus olas y anegarse, necesitaba menos claridad de conciencia y menos amor á la honra. Empleó fuerzas hercúleas para defenderse de la tentación, y triunfó, yendo pura, según ella misma nos dice, al cautiverio y á la muerte.

Sin embargo, ¡cuánta diferencia entre Roland y Buzot! Éste contaba seis años menos y aquel diez años más que madame Roland. El uno tenía mucho de rural pastor protestante; mucho tenía el otro de las ventajas que prestán á sus predilectos la naturaleza y la sociedad. Roland se parecía de suyo á Robespierre en lo argumentador, y se parecía Buzot á Vergniaud en lo afluente. El uno administrador y economista; el otro poeta, no en sus

obras, todas prosaicas, pero sí en sus pasiones y en su vida. Mientras el uno desaparecía en el polvo de su biblioteca, el otro corría los campos, escalaba las cumbres, bañaba su cuerpo en los efluvios magnéticos del universo y su alma en las profundidades insondables del pensamiento. La claridad de sus principios; la justicia y lógica de sus procedimientos; la tenacidad de sus propósitos; la inflexible rigidez de su carácter; una independencia de todo y de todos que rayaba en aislamiento y misantropía; una oposición implacable á las hereditarias dignidades continuadoras de las antiguas castas; una incontrastable adoración á las Repúblicas antiguas; pasiones violentas, pero no descarriadas; repulsión á la voluptuosidad y al vicio; apego á una incansable lectura de sus libros puestos en zurrones y llevados así á sus breñas como á sus bosques: he ahí las cualidades más culminantes de Mr. Buzot, armónicas todas con las cualidades múltiples de madame Roland. Puro y casto de niño, casó con una mujer poco inteligente, pero muy buena, que á su lado parecía un amigo de toda la vida, una hermana, compañera de sus pasos en la tierra, ornato y honor de su hogar. El matrimonio Buzot, el matrimonio Louvet, el matrimonio Roland, el matrimonio Brissot, componían una sociedad espiritual en miniatura, base y cúpula de la familia girondina. Louvet era el ingenio, Brissot el talento, Roland la censura, Buzot la elocuencia de aquel cenáculo, donde todas las mujeres se miraban en sus respectivos esposos, menos madame Roland, que prefería mirarse, aunque platónicamente por cierto, en los ojos del marido de madame Buzot. Y, francamente, la grande afluencia de su labio, la noble postura de su talante, aquella elegancia, no aprendida del talle gallardo, aquella decencia de su traje cuidadosísimo, aquella honradez sin género alguno de intransigencia, contrastaban mucho con el rostro áspero, la mirada extinguida, los labios inmóviles, el acento nasal, el traje burdo, el aspecto repulsivo de Roland. «Ese hipócrita, decía Marat refiriéndose á Roland, después de haber cogido millones en las manos de aquellos que robaron el regio guardamuebles y de los que han pasado por sus propias manos en el negocio de las subsistencias, va por las calles á pie, cubierto con un pingajoso y sucio gabán y con las medias de ruda lana.» Y mucho después de haber muerto Roland, escribía Desmoulins: «Yo no confundo la miseria con la libertad; pues no puede consistir ésta en tener las ropas raídas y rotos los codos, como recuerdo haberlo visto en Roland y Guadet, quienes afectaban pobreza infinita, y hasta con zuecos andaban.» De todo esto se deduce que madame Roland tenía un esposo venerable y un amigo capaz de inspirar verdaderas pasiones; un esposo austero y un amigo amable; un esposo de mucha escolástica y un amigo de mucha elocuencia; un esposo de fría honradez y un amigo de comunicativas virtudes; un esposo que sólo inspiraba estima ó aprecio y un amigo que inspiraba verdadero amor; un esposo muy equilibrado y un amigo del todo exaltado; por lo cual á nadie le maravillaba que la llamase con grandes atracciones el amigo, y el esposo la repeliese con repulsión invencible. Así, madame Roland tenía que valerse de todos sus escudos para preservarse al tro-